

Amo y Esclavo

Eduardo Riveros Pino

Image not found.

Capítulo 1

1

El primer correo electrónico llegó un día lunes del mes de Agosto. Él acababa de sacarse su impermeable aún húmedo por las frías lluvias que caían sin cesar desde la noche anterior. Las jornadas de trabajo se habían convertido en toda su vida, con lo cual se sentía cómodo y lleno de expectativas para el siguiente semestre, ya que el viernes anterior le habían comunicado que sería ascendido a un puesto de mayor responsabilidad y mejores regalías. “No me vendría nada de mal”, pensó mientras estrechaba la mano de su jefe al despedirse luego de las buenas noticias.

Colgó su impermeable en el perchero adyacente al dintel de la puerta de su departamento, se dirigió a su cocina, llenó hasta la mitad su tetera con agua y la puso a calentar. Algunas viejas costumbres del sur aún quedaban selladas en su vida cotidiana, el tener una tetera en lugar de un moderno hervidor sólo era una de ellas. Pasó por su living antes de entrar a su habitación, era un departamento de dos ambientes que constaba de una cocina, sala de estar y una habitación con baño personal. “El sueño de todo provinciano que viene a vivir a la capital”, le decía su arrendador. Sin duda lo consideró así al llegar. El dinero que le enviaba su familia, más el que ganaba en su trabajo como reponedor en un supermercado (y próximamente, supervisor de planta) le alcanzaba tanto para costear sus estudios de leyes como también su vida en su pequeño departamento. Era un sueño, sí, del cual despertarse hubiese sido en esos tiempos como salvar a un sonámbulo de caer por un acantilado.

Se sentó en su silla del escritorio y encendió su laptop, una costumbre que venía acarreado desde los 15 años: llegar a su casa desde la escuela y prender el computador se volvió tan cotidiano como respirar. Mientras tanto, preparó un café cortado. Prontamente, el espacio se llenó del suave aroma del café en grano, un lujo que al menos podía permitirse. Cuando volvió a sentarse a su escritorio con su taza humeando, observó el pequeño ícono del sobre de su correo electrónico con una diminuta bandera roja anunciando que había llegado correspondencia. Llamó su atención al instante, ese correo electrónico lo había descontinuado hacía un par de años y ya no recibía nada, ni siquiera el molesto spam. Su correo actual se llenaba de basura, publicidad, y una que otra carta de sus padres. Pero allí estaba, la señal escarlata. Fue como observar a un elefante rosado saliendo en dos patas del baño y diciendo: “todo tuyo, viejo”.

Sorbió un poco de su café mientras abría su antiguo correo electrónico. No demoró mucho en abrirse, él había eliminado todo correo electrónico anterior, por lo que el mensaje solitario con remitente “veritas_amor@”

brillaba cual estrella que aparece primera en el cielo con una leve luz que indicaba el correo nuevo.

“Podría ser un virus”, pensó. Su curiosidad pudo más y dio click al archivo. Ante él, apareció un mensaje conciso que atrapó su atención durante unos minutos.

Te amo mucho

Cuídate

2

Beberse el café rápidamente siempre lo consideró síntoma de un obsesivo cualquiera, de esos que puedes ver casi corriendo en la calle mirando al suelo con un montón de carpetas bajo el brazo y una mochila a la espalda que delataba su falta de recursos y de estatus como para ocupar un maletín. Pero no pudo evitar tragarse completamente su café en aquél momento. El líquido caliente perforó su garganta mientras descendía, pero era un dolor dulce, íntimo, personal. El mensaje era para él, no cabía duda. No esperaba ese mensaje aquel día, pero estaba seguro que llegaría en algún momento, era sólo cosa que “veritas_amor@” pudiera decidirse a hacerlo.

Se recostó en su cama. Aquel mueble americano de dos plazas había albergado a muchas mujeres desde su llegada a la capital, hace ya casi 6 años. La mayoría alojaban una noche o dos. Algunas se atrevieron a quedarse más tiempo y mantener su presencia de manera sostenida y bastante frecuente. Incluso algunas de ellas le dijeron lo mismo que apareció en el correo electrónico de aquella tarde. Una frase que aún no entendía del todo y que, pese al tiempo vivido y las experiencias en el cuerpo, aún no podía hacerla completamente suya. Y allí, tumbado boca arriba mirando el techo teñido por una luz oscilante bajo el efecto de las persianas de su ventana, experimentó algo que, a falta de cualquier otra palabra, llamó “felicidad”. Era como ser un océano lleno de olas que rompen con pasión en un roquerío, que poco a poco, va erosionando y dando forma a las fantasías.

Luego de un rato, comenzó a divagar por diversos pensamientos. Su trabajo en el supermercado lo tenía satisfecho. Sus estudios habían quedado pendientes debido a las movilizaciones estudiantiles que estaban teniendo lugar en el país, y de las cuales él, de manera respetuosa pero asertiva, se restó de participar activamente. “Este tiempo lo quiero para mí”, pensó al inicio de la toma y paros universitarios. Sus padres lo llamaban de vez en cuando, a veces le escribían por correo electrónico (él mismo les enseñó a ocuparlo con el mero propósito de permanecer en contacto con ellos). Él notaba algo extraño en su relación con sus padres. Cuando conversaba con su madre al teléfono, por ejemplo, ésta nunca le

decía que lo quería o que lo amaba, lo mismo con su padre, y al mismo tiempo, él tampoco se esmeraba por explicitar sus sentimientos hacia quienes le dieron la vida. Pero cuando le escribían a su correo electrónico, siempre firmaban con un "te amo" o un "te quiero", como si fuese una especie de estampado o mensaje por defecto que demanda la formalidad de una misiva hacia un hijo. "Ser hijo es lo único que existe", pensó, y no supo por qué.

Se levantó de su cama y se dirigió hacia su computador. Presionó cualquier botón y vio cómo en su pantalla nuevamente se materializaban esas palabras de amor que, felizmente, podía corresponder. Presionó "Responder", escribió un par de líneas, y puso "Enviar". Su respuesta viajaba ya por el ciberespacio hacia su destinataria.

3

Los días pasaron fríos. Las lluvias de Agosto dieron paso a días nublados que a él se le antojaban depresivamente hermosos. Le gustaba caminar mirando las nubes y escuchando música en su celular. A veces, se sacaba los audífonos y escuchaba el ambiente. Era el ambiente capitalino. Muchos autos, muchas personas, mucho ruido. Un ambiente con el que había aprendido a reconciliarse luego de diversas discusiones en las cuales siempre él terminaba encerrándose para no verlo más, pero que igualmente, tenía que transitar por sus calles y tratar con sus personas, aunque fuese por cosas mínimas, como hacer las compras o atender a gente en el supermercado. Los rostros de las personas eran gélidos, decaídos, tristes. Estaban en plenas elecciones municipales, y en las pancartas propagandísticas brillaban como perlas las sosas dentaduras de los candidatos a ediles y concejales. "Cuando sean las votaciones, votaré por el que luzca más amargado -pensó una vez, camino al trabajo-, al menos le creeré su amargura, igual que a mi gente".

Veía a sus amigos día por medio. Ellos trabajaban activamente en los asuntos políticos de la universidad, por lo que él se daba un tiempo de almorzar con ellos o pasar alguna noche en las dependencias universitarias con ellos para conversar o beber algo. Generalmente conversaban de política, un tema que si bien le interesaba en un principio, poco a poco encontró su lugar en el nicho de "cosas tan importantes como la última lenteja del paquete". Pero no todo era político cuando estaba con sus amigos. Se daban el tiempo para molestarse y para comentar cosas de la vida cotidiana. "Detrás de cada revolucionario de cartón, hay una persona afirmando la imagen", pensaba. Encontraba que era una manera un tanto cínica de referirse a sus amigos, pero la vida consistía en un cinismo constante del cual él no tenía ni las intenciones ni las ganas de restarse. Era uno más del juego, y se sentía tranquilo de saberlo.

Tenía la costumbre de caminar hacia su trabajo. Le ayudaba a relajarse. Siempre consideró que, si tenías algún problema o tenías que tomar una

decisión muy importante y no sabías a qué opción dedicarte, tenías que salir a caminar. Siempre ayudaba, y él no era la excepción. Paseaba por distintos lugares de la capital, además de relajarse, le servía para conocer lugares nuevos.

Me encanta estar contigo

No cambiaría nada de lo que tenemos

De vez en cuando, otro correo electrónico de "veritas_amor@" llegaba a la bandeja de entrada de su mail anteriormente abandonado, ahora retomado. Los mensajes eran muy parecidos entre sí. Hablaban de amor, de proyectos, de cariño, de futuro, de pasado, y del presente. Él llegaba a su casa, y tenía otra historia para leer, otro motivo por el cual sentirse con vida. Las palabras lo inundaban de una alegría inexpresable, genuina, real. Contestaba cada correo con la misma sinceridad que lo caracterizaba en su vida social, intentando no dejar nada fuera de lo que quería decir.

Antes, tenía una vida segura, tranquila y pacífica, una vida que recorría el calendario con una fluidez tan serena y constante como un riachuelo. Pero aquellos mensajes le entregaron algo distinto. Le dieron la posibilidad de hablar, como también la posibilidad de decir, al hablar. En aquél hablar, en aquél decir, se encontró nuevamente. Y deseó más.

4

El invierno había dado paso a la primavera. Habían pasado ya cuatro meses desde que el primer correo ingresase a su vida. La toma universitaria había terminado abruptamente, se tenía un pronóstico para muchos meses más, pero un repentino acuerdo entre los dirigentes estudiantiles y la Dirección de la universidad dejó de lado la posibilidad de continuar las movilizaciones que con tanto esfuerzo habían conseguido llevar adelante. Uno de los amigos de él fue de los que concretaron el acuerdo con Dirección. "Tuve que hacerlo, -le dijo su amigo al día siguiente de la reanudación de clases regulares-, querían quitarme la matrícula y la beca que me habían otorgado si no aceptábamos sus condiciones. A todos nos dijeron lo mismo, con nuestros expedientes en mano. ¡Nos agarraron de las bolas y las estrujaron hasta convertirlas en pasas!".

Él no lo lamentaba tanto por el movimiento, si bien le gustaban las demandas estudiantiles y el hecho de que hubiese una coyuntura que pusiera en aprietos tanto al gobierno como al Directorio de la universidad, nunca creyó que ellos de verdad estuviesen seguros de qué estaban haciendo en realidad. En el fondo, él sabía que esos bobalicones de la Dirección acabarían el movimiento a punta de amenazas y demagogia. Pero había otro problema: tendría que volver a clases. El trabajo que le habían prometido aún estaba dentro de sus expectativas de mejores

tiempos, incluso hasta pensó en dejar sus estudios y dedicarse de lleno a su nuevo trabajo. Pero la certeza de que las clases comenzaban de nuevo le borró toda perspectiva. Casi un año de paro indefinido lo habían abstraído de la vida universitaria. Ya no se sintió como un estudiante, había olvidado lo que era el correr en apuros hacia una cátedra con el típico profesor prepotente que te deja afuera si llegas tarde (toda facultad tiene uno). De hecho, ya ni se acordaba de por qué quería ser abogado en primer lugar. Sus notas no eran malas, siempre se caracterizó por ser un chico del "promedio". Tenía que adaptarse nuevamente, y algo dentro de él le impidió seguir sus expectativas laborales, por lo que declinó la oferta de su jefe en el supermercado, quedando en su antiguo puesto de reponedor, para volver a sus clases y a la vida de antaño de la cual se sentía un turista en tierra desconocida.

Las lluvias no habían cesado, pareciese que el invierno se negara a marcharse de la capital, pero él dudaba que fuese por la gente. "El invierno aún no se va de mi vida", pensaba. Luego de su primer tarde de clases después del trabajo, volvió a su casa. Las cortinas estaban abiertas, dejando ver la lluvia que golpeaba la cerámica de su pequeño balcón y cómo esta mojaba la ropa que había dejado secando la noche anterior. Salió dando una maldición, el agua estaba heladísima, como si cayera desde la misma cordillera. Agarró sus prendas y las metió dentro de su casa. Colocó papeles de diario en el piso, posó su ropa en ellas y prendió una pequeña estufa eléctrica que serviría durante un rato para templar su ropa y casa. Se sentó un momento en su sillón, frente a la ropa que tenía tendida en el suelo al lado de su estufa. El frío aún lo sentía corporal, apenas podía mover los pies y no se animó a sacarse los zapatos. De a poco, el calor comenzó a llenar la sala. Él permaneció sentado, pensativo. El aguacero lo sintió como un chapuzón inesperado que le llenó el cuerpo de un frío malestar. "Quizá era lo que necesitaba", pensó mientras observaba su ropa secarse. Se puso de pie, la cabeza aún la tenía como las negras nubes que cubrían su cielo preferido. Prendió su computador, esperando inquieto alguna palabra, alguna frase, alguna muestra que caldeara un poco más su espíritu congelado tras los días ominosos que habían pasado. Se dejó caer en su silla y se frotó sus manos. Su bandeja de entrada se hallaba en blanco. Las tristes novedades de su vida diaria no se correspondían con las novedades en sus sentimientos que, luego de este tiempo, exigían en demasía y recibían unas migajas que él se esmeraba en picotear del suelo.

Se recostó en su cama. Escuchó la lluvia tras el cristal de su ventana. Quizá fue la primera vez en su vida en que se dio cuenta de que estaba solo. La soledad, esa rémora que succionaba su espíritu hasta tomar la forma de una hermosa mujer, se había enquistado en su mundo. Un mundo dormitado y anonadado en el cual él, en su ingenuidad, creía estar despierto.

El tiempo pasaba aún más frío. Los días se hicieron semanas. El aroma del café recién hecho ya no se sentía dentro de su casa. Poco a poco, lo fue reemplazando el viciado aroma del hastío y la inseguridad. Su cama era un ataúd que contenía a un ser agonizante al que nadie lloraba. Habían tocado a su puerta varias veces, y algunas cartas se apilaron bajo su puerta. Pero él nunca llegó a enterarse de quienes iban y a quienes remitían dichas misivas. Del trabajo lo habían llamado para comunicarle su despido. Las constantes ausencias injustificadas obligaron a su jefe a tomar aquella triste decisión. "Lo lamento. Si necesitas cualquier cosa, sabes dónde encontrarme". Sus clases no eran más importantes para él que haber perdido su trabajo. Las lecturas se acumulaban y sus ausencias aún más frecuentes.

A ratos sus amigos lo visitaban, pero se excusaba de abrir aduciendo alguna enfermedad producto de las lluvias, a veces simplemente no abría la puerta ni daba señales de vida. Suponía que sus amigos darían por hecho que viajó a su tierra natal. Comía sólo pan. A veces le venía un antojo por algo más contundente y compraba una hamburguesa o una pizza, pero ya no podía darse lujos luego de haber perdido su trabajo. El dinero que le enviaban sus padres le alcanzaba para quedar bien con su arrendatario y lo que sobraba lo gastaba en la poca comida que le iba quedando y en su pobre, pero constante, conexión a internet.

El computador permanecía prendido a todas horas. Él, con la mirada fija en la pantalla, se consolaba diciéndose que ese día llegaría otro correo. "Lo estaré esperando, si salgo quizá no pueda verlo a tiempo y no podré responder como corresponde". Cada cierto tiempo llegaba otro correo electrónico.

Te amo

Me haces increíblemente feliz, amor mío

Aquellas concisas palabras lo mantuvieron alejado de todo lo demás. Su vida se transformó en espera. Una espera eterna producto de un deseo alimentado por la melancolía y la lluvia. "Maldito el día en que comenzó a llover en este mundo", pensaba. Aquellas palabras que llegaban en los correos, pocas pero poderosas, las moldeaba como un escultor modela la arcilla. Les daba cuerpo, les daba forma. Los tobillos eran deseos de asentamiento, de establecerse. Las caderas eran afanes de creación, de sexualidad, de deseo. Los pechos eran nutrición, alimento, impulso. Pero aún no podía encontrar las palabras para perfilar aquél rostro esquivo, un rostro que se presentaba anónimamente oculto entre líneas dentro de un universo digital que se servía de nuestro lenguaje para comunicar (y comunicarse). Tenía un cuerpo sin rostro y sin carisma, sin personalidad,

sin ella. Y en estas reflexiones, quiso saberlo.

Luego de varias horas acostadas en su letargo, pudo levantarse de su cama. Los músculos le dolían, pero no importaba. Era un dolor real. Se sentó en la silla de su computador, aún con la mirada fija en su vacía bandeja de entrada. Abrió un correo nuevo, aún inseguro de lo que pretendía hacer. Pensó que quizá ella no lo entendería, que todo estaba yendo perfecto, recordó cuando ella le manifestó sus deseos de que nada de lo que tenían cambiase. Pero él estaba ávido, quería arriesgarse a un desencuentro. Quizá encontrase algo de ella en aquello. En un gesto de valentía, el primero luego de meses de una pasiva comodidad y cobardía, escribió:

¿Quién eres?

Presionó "Enviar". Su deseo viajaba ya por el ciberespacio hacia su destinataria.

(Eduardo Riveros)